EDITORIAL DOLOSO

Se Presenta a los Ejidatarios Deseosos de Volver a ser Peones

El editorial "Excélsior" correspondiente al número del 27 de enero último se titula "EL DESASTRE DE LA LAGUNA". Empieza por afirmar que estuvo en la capital una comisión de ejidatarios para "solicitar el apoyo del gobierno Federal y remediar la grave situación económica que REINA en aquella región", y se sostiene lo siguiente:

a).—que parece que no se trata de una crisis pasajera, sino de un estado de miseria imposible de soportar.

b).—que los comisionados por los ejidatarios estiman que la organización que se ha dado a las explotaciones "no podrá NUNCA llegar a resultados satisfactorios".

c).—que si el problema proviene de la organización, y ésta nunca será beneficiosa para los ejidatarios, no hay para qué seguir arrojando dinero a la cuenta de pérdidas y que lo sensato es abandonar aquélla, "ya que empeñarse en alimentar el virus del agrarismo ejidal resulta un absurdo".

d).—que gracias a los esfuerzos de agricultores atrevidos y perspicaces, surgió en esa zona uno de los sistemas de riego más admirables de la República y que a pesar de que el público no creyó que se aplicara el decreto que expropió y distribuyó las tierras —"tan brutal era el ataque injustificado al capital privado"—, se llevó a la práctica sin tardanza".

e).—que así fué destruida una obra, fruto del trabajo, el capital y la inteligencia "digna de que el ejido continuara —en ella— su tarea de esterilización del suelo mexicano".

Desde su primer número, COMBATE publicó un artículo sobre el problema creado en La Laguna por la escasez de las avenidas del Nazas. Todo mundo sabe, aunque "Excélsior" aparente ignorarlo, que la agricultura de esa zona depende del régimen de las corrientes de ese río y del Aguanaval; que éstas son variables todos los años y como las aguas sólo son derivadas para el riego y no almacenadas, cuando las avenidas son reducidas, disminuye en proporción el área cultivada. Periódicamente se presentan años de sequía y el último de 1940 fué excepcionalmente seco. Sólo pudieron inundarse 38,872 hs., lo que ha determinado que 22,000 campesinos se encuentren sin ocupación. Un registro de las superficies cultivadas, revela lo siguiente:

1918-1919.....	70,000 hs.
1919-1920.....	150,000 „
1920-1921.....	60,000 „
1921-1922.....	18,500 „
1922-1923.....	23,000 „
1933-1934.....	96,171 hs.
1934-1935.....	86,608 „
1935-1936.....	151,961 „
1936-1937.....	97,944 „
1937-1938.....	66,885 „

Bastan dos quinquenios durante un período de veinte años, para demostrar cómo han variado las superficies de cultivo y cómo no es extraordinario ni obedece al ejido ni es culpa de los ejidatarios, que en el último año se haya presentado una crisis, semejante a la de 1929-1930, a la de 1920-1921, igual a otras más lejanas como la de 1893, cuando los trabajadores se amotinaron "llevados por la desesperación de su miseria" y las autoridades se vieron obligadas a dar trabajo extraordinario, como el empedrado de las calles, para suministrarles las subsistencias más indispensables.

Luego, si se trata de una crisis pasajera y sólo a "Excélsior" se le acurre atribuirla al régimen de la propiedad que la dotación de tierras ha creado. El ejido no ha continuado su tarea esterilizadora del suelo mexicano como en el editorial se afirma. La falta de avenidas, que dependen de las lluvias, impidió que se anegaran mayores superficies. Los ejidatarios, por desgracia, no tienen poderes sobrehumanos para modificar, de acuerdo con sus intereses, las condiciones meteorológicas.

Otra falsedad de "Excélsior" es la de decir que los comisionados por los ejidatarios estiman que la organización que se ha dado, NUNCA podrá llegar a resultados satisfactorios. Tenemos en nuestro poder y conocemos cuáles son las demandas de los campesinos laguneros. Piden que en este año de crisis se imparta crédito a largo plazo para llevar a cabo trabajos extraordinarios, que se conceda una prórroga para el pago de los adeudos vencidos el año último, que se reglamente la distribución del agua de bombeo, que sean resueltos favorablemente los expedientes de dotación y ampliación de ejidos que afecten fraccionamientos simulados y que los gobiernos locales de Coahuila y Durango condonen las contribuciones correspondientes al ciclo agrícola 1939-1940.

No hay un solo ejidatario en La Laguna que repudie la organización del sistema de trabajo imperante en esa zona. Como agricultores, ellos saben que el aniego, los cultivos y demás necesidades, imponen la conveniencia del trabajo en común de los terrenos ejidales. "Excélsior", en cambio, como enemigo de la reforma agraria mexicana, aprovecha con toda mala fe la situación de crisis para redoblar sus ataques al ejido. "Lo sensato es abandonar la organización existente, no empeñarse en alimentar el virus del agrarismo ejidal que resulta absurdo". Esto se sostuvo durante muchos años por todos los latifundistas y con apoyo en llamados estudios técnicos que formularon falsos agraristas, La Laguna permaneció intocada hasta 1936. Se defraudaron así los intereses de los campesinos, pero éstos continuaron tenaces en su lucha, hasta lograr la entrega de la tierra y conseguir que el Estado dedicara preferente atención a ese problema.

El trabajo colectivo ha asegurado la prosperidad futura de los ejidatarios y la firme consolidación del ejido como fuente de producción agrícola importante, que no sólo ha de servir para matar el hambre de los campesinos. La organización económica de zonas ejidales como empresas agrícolas modernas ha de significar una nueva estructura agraria que dé vigor y aliento a los ejidatarios. Los reaccionarios pueden aceptar y en ocasiones han aceptado, que el campesino vegete miserable cultivando con las uñas su minúscula parcela, pero conocen el peligro de que bien organizado, ampliamente refaccionado, supere la etapa de la pequeña propiedad cultivada aisladamente. Es por esto que "Excélsior" y toda la demás prensa reaccionaria, combaten el ejido colectivizado.

Hay que volver atrás, restituir a su estado anterior la comarca Lagunera, esa zona que "surgió como uno de los sistemas de riego más admirables de la República". Otra mentira que revela maldad o ignorancia. El sistema de riego era ineficaz para asegurar la vida agrícola de la comarca, simples presas de derivación para aprovechar las aleatorias avenidas. El cultivo estaba sujeto al azar de corrientes irregulares sin posibilidad de fincar una economía estable. Había años buenos en que se anegaban grandes extensiones, años pésimos en que se limitaban las posibilidades de trabajo a un grado extremo. Pero a los empresarios esto no les importaba, tenían grandes reservar y el auxilio de los bancos, y los peones de los "ranchos" vivían en las más horrendas condiciones, sujetos a emigrar cuando no había trabajo o aguantando el hambre en espera de buen año.

Nunca la producción fué estable ni representaba siempre los valores que "Excélsior" incluye en su editorial para justificar "el desastre de La Laguna". Los esfuerzos de agricultores atrevidos y perspicaces, significaron en algunas épocas cuantiosas pérdidas para la Nación, para el Estado, que a través de la Comisión Monetaria prestó millones que los empresarios nunca pagaron. Negra historia del crédito, que aparentan ignorar los enemigos de los ejidatarios y los que comentan con mala fe la acción del Banco Nacional de Crédito Ejidal.

¿Que ha sido destruida una obra fruto del trabajo, del capital y de la inteligencia? Sí, destruida la posibilidad de que los latifundistas laguneros siguieran enriqueciéndose a costa del trabajo de sus peones, destruido ese juego de azar de una agricultura que dependía de irregulares avenidas. El ejido colectivizado significa que esos peones coman más y vivan mejor; ha de significar que en el futuro representen una clase social redimida e independiente. La presa de El Palmito regularizará el riego en la comarca, asegurando la vida agrícola, sobre bases firmes y seguras. El Banco Nacional de Crédito Ejidal, sin propósitos de lucro, ha de lograr la prosperidad y bienestar de los campesinos, un ejemplo de explotación agrícola intensiva, técnicamente modernizada. El triunfo del ejido alarma y amarga a los editorialistas de "Excélsior", por eso están pendientes de aprovechar pretextos para crear, para aumentar la opinión desfavorable. ¡Qué bueno fuera poder demostrar que no es la falta de agua el origen de la crisis, sino la irresponsabilidad, la holgazanería o la ignorancia de los ejidtarios!

Los campesinos laguneros deben conocer a sus enconados enemigos. No olvidar que la reforma agraria no está definitivamente afianzada, ni asegurada la liberación económica y el bienestar social de los ejidatarios. "Excélsior" y toda la demás prensa reaccionaria seguirán mintiendo, calumniando. Así usan de la libertad de imprenta y saben muy bien que con falsos argumentos pueden desprestigiar una causa, levantar opinión en contra de los intereses de los trabajadores y fortalecer las trincheras de los latifundistas que aun se han salvado, de los que han logrado mantener sus privilegios y siguen explotando sin piedad al campesino.

COMBATE procurará, como en esta ocasión, desenmascararlos y exhibir sus falacias.

El Censo de Edificios de 1939 puso al descubierto un hecho que nuestras autoridades parecen ignorar.

De 108,212 edificios que existen en la ciudad de México, 17,834 carecen de agua potable y 32,789 de albañales.

Quiere decir esto, que

100,000 personas o poco menos, no tienen agua, y

200,000 casi, no cuentan con excusados.

Y si esto sucede en México, ¿qué será en "Cuautitlán"?

Sería mejor que nuestras autoridades sanitarias, en vez de dar banquetes para charlar y oír discursos sobre posibles campañas, obligaran a los dueños de todas esas "vecindades" de los barrios pobres, a que instalen servicios que son esenciales para la salud y la vida.

Habría que dejarse de hacer política sanitaria para turistas y emprender, en cambio, el abastecimiento de agua potable en la República, con un plan nacional que arrancara de lo imprescindible como primera etapa, para llegar a lo menos urgente, hasta después.

---

lles de París los primeros motines en forma. Los agitadores más destacados eran los "Camelots du Roi", un grupo afiliado a "Acción Francesa", núcleo de Charles Maurras y León Daudet. Pronto se les unieron otras ligas fascistas. Las manifestaciones fueron creciendo incesantemente, hasta el 26 y 27 de enero, en que se unieron a las multitudes que recorrían los principales bulevares de París, grupos de organizaciones formadas por antiguos combatientes. Cada día se hacía más patente que las manifestaciones eran obra de un coordinado esfuerzo de las ligas fascistas, que contaban con una dirección común del estado mayor fascista. Cundió el contagio. Toda Francia se vió llena de carteles que decían: "¡Fuera los diputados! ¡Al diablo los diputados!" Las cosas llegaban a su punto álgido.

Según más tarde reveló Georges Mandel, los primeros elementos para esa conspiración antidemocrática y antiparlamentaria, los suministró a los fascistas, Juan Chiappe, el prefecto de policía, que descaradamente era simpatizante de la derecha. En su condición de jefe de la policía de París, pudo reunir abundantes datos criminales, en contra de muchos prominentes políticos de izquierda. Sin escrúpulo alguno había hecho que se les siguieran los pasos y se les interceptaran sus teléfonos. En los archivos de Chiappe quedaron enterrados muchos de los que debieron ser escándalos financieros de la Tercera República. En eso radicaba la fuerza de Chiappe.

Las íntimas relaciones que Sarraut sostenía con mujeres de conducta dudosa, las trampas y especulaciones de bolsa de Bonnet, los secretos privados de Chautemps—todo formaba parte del tesoro confidencial de Chiappe. Sólo una parte de su colección entregó a los periódicos. Otra la mantuvo en reserva, y, en opinión de varios diputados dignos de crédito, una última parte fué a dar a Berlín, a los archivos de los nazis. En cierta ocasión, un ex-ministro me hizo la confidencia de que los deseos de Bonnet y Chautemps de llegar a un entendimiento con Hitler, se explicaban —por lo menos parcialmente— por el hecho de que el canciller alemán sabía demasiado sobre ellos. Agregó mi informante que los agentes nazis amenazaban siempre con hacer públicas estas revelaciones, empleadas como espada de Damocles sobre la cabeza de los dos políticos. No sabemos si esto era verdad. Se averiguará hasta después de que los archivos nazis se abran al mundo. En ellos están fichados todos y cada uno de los políticos y hombres de Estado extranjeros, dándose particular atención a sus vicios, sus conexiones financieras y sociales, sus aptitudes y sus gustos y antipatías.

La derecha francesa consideró que el asunto Stavisky era un don del cielo. ¡Llegaba justamente en el momento psicológico propicio! El país estaba cansado del sinfín de gabinetes, del constante barajar de las mismas cartas ya gastadas, de la monótona repetición de las proposiciones tendientes a rebajar los salarios de los servidores del gobierno, de sus eternas promesas y de su absoluta paralización real. Los trabajadores, los campesinos y la clase media eran empujados a la desesperación por la crisis. Parecía llegado el momento de destruir el sistema parlamentario y las formas democráticas en Francia, con la mira de moldear éstas de nuevo, para acercarlas al modelo fascista.

En plena batalla, Camille Chautemps abandonó su puesto. No obstante que había recibido un fuerte voto de confianza en la Cámara, renunció el puesto, creando con ello un peligroso precedente, pues por primera vez en la historia de la Tercera República, había renunciado un gabinete legalmente constituído y apoyado por la Cámara, al mero influjo de la presión de los grupos fascistas y semifascistas que dominaban las calles.

¿Cuál fué el remedio para esta seria situación? Un nuevo barajar de las mismas cartas. Daladier volvió a salir a luz y formó su segundo gabinete, a fines de enero de 1934. Pocos días antes, en los salones aristocráticos de París había circulado una lista que era el "Directorio" de los cinco hombres llamados a guiar los destinos de Francia. En ella estaban los nombres del mariscal Pétain, del antiguo presidente de la república Gastón Doumergue, de Pierre Laval, André Tardieu y Adrien Marquet.

Menos de diez días duró el nuevo gabinete. Fué derrocado al golpe de la primera rebelión ostensible, dirigida por la quinta columna de Hitler en Francia, es decir, los grupos reunidos el 6 de febrero de 1934 en la Plaza de la Concordia y las cercanías de la Cámara, para "mandar a los diputados al diablo".

Habían logrado ya reunirse en ese lugar, todas las ligas y agrupaciones que hacía semanas deseaban con vehemencia aplastar las instituciones democráticas de Francia. Los "Cruz de Fuego", las "Juventudes Patrióticas" y los "Camelots du Roi" aullaban; "¡Queremos a Pétain!" Pero era algo así como un trágico contrapunto, sinfonía diabólica en que también alcanzaba a percibirse otra melodía, por encima de la rugiente

multitud de la Plaza de la Concordia, diciendo: "Lo que queremos es un Hitler". Al embajador de un país extranjero que anduvo entre esta multitud extraviada y aullante, alguien le dijo: "Lo que necesitamos es un Hitler". Por mi parte estuve durante varias horas entre los manifestantes y escuché repetidas veces esas mismas palabras. Un año después de que el más terrible enemigo de Francia había llegado al poder, los fascistas franceses andaban ya haciendo manifestaciones con gritos antidemocráticos.

La manifestación se convirtió en un motín, porque la multitud atacó a la policía y los oficiales, tras de resistir, dieron una carga. Cuando se disipó el humo del combate, yacían en el pavimento veinte cadáveres de manifestantes y el de un policía. Hubo cerca de dos mil heridos, de los que la mitad eran guardias de asalto y policías; fué una noche horrible de ataques y contra-ataques, barricadas en las calles, cuchilladas, cargas y asesinatos. Los fascistas quemaron algunos autobuses, prendieron fuego al edificio del Ministerio de Marina Mercante e intentaron asaltar el Palacio del Eliseo, residencia del presidente de la República Francesa.

Mientras se desarrollaba esta primera batalla de la quinta columna de Hitler en Francia, Daladier recibía en el Parlamento un voto de confianza, por 343 votos contra 237.

Después de la votación en la Cámara, fuí al Ministerio de la Guerra donde Daladier seguía teniendo su oficina. Lo pesqué a la entrada del edificio. Parecía indeciso.

"¿Qué va usted a hacer?", le pregunté.

"Serán reprimidos los motines", contestó, "el gobierno no tolerará que se perturbe el orden y cuenta con todos los medios necesarios para imponer la ley"; con estas palabras flotando aún sobre sus hombros, desapareció en el ministerio.

Se celebró entonces otra importante conversación Daladier-Weygand, esta vez en la noche del 6 al 7 de febrero. Weygand se encaró a Daladier que estaba exaltadísimo y lívido de miedo. "Se dice que trata usted de reunir al ejército", dijo al Primer Ministro, "no le puedo garantizar que acudirá, pero sí puedo asegurarle que si usted le ahorra al ejército verse frente a ese dilema, nunca lo olvidará".

El Presidente de la República, Alberto Lebrun, unió sus fuerzas a las del general Weygand y amenazó con renunciar si se apelaba al ejército para usarlo contra los amotinados.

En las primeras horas de la mañana del 7 de febrero, Daladier, aterrorizado, abandonó su puesto. Entregó su renuncia sin siquiera consultar a sus colegas. Hizo sitio para un gobierno que se tenía por seguro habría de introducir el fascismo. Tras él se asomaban las sombras de los quince regentes de Francia.